

Los que escriben y los que mandan

Luis Salinas (*)

El «western» es un género de géneros y por eso es un poderoso creador de estereotipos. Aunque nunca son figuras principales, hay unos cuantos periodistas de película del oeste, parecidos uno al otro como primos. Ellos representan El Progreso; llegan a un inocente pueblo salvaje (siempre vienen de otra parte, con algo de anarquistas en el empecinado amor por los tipos de plomo y la tinta de imprenta) y se lanzan, no a la aventura comercial de un medio permanente, sino a publicar un único «cero» en el que denuncian una injusticia puntual cometida por el mandamás del lugar. Apenas la hojita ve la luz, el aludido manda a sus pistoleros a quemar todo el tinglado, pero es tarde, la opinión pública ya irrumpió y arrasó con la simpleza de la vida.

Los periodistas de las películas del oeste suelen ser pacifistas, moderadamente calvos, descreídos, alcohólicos y miopes. No usan armas, o sólo Derringers de tahir, traidoras como los micrograbadores de hoy; andan a pie, son algo enclenques, visten tweed, ridículas viseras de celuloide, mangas de género negro, y a pesar de evidentes desventajas comparativas de su sex appeal entre tipos que destacan por su destreza de tiradores y jinetes y su ropa de cuero y lona, se quedan a menudo con alguna de las chicas en juego, lo que sólo se vuelve explicable al saber que el far & wils west y todas las patrañas añejas fueron en gran medida urdidos por la prensa del este para un público ansioso de exotismo. Muchos de entre los primeros corresponsales: Zane

Grey, Stephen Crane, James Caldwell, Ambrose Bierce, el pintor Frederick Remington, Mark Twain por sobre todos ellos, no eran estrictamente periodistas, o siéndolo sobrepasaban en mucho la definición, pero todos vivían de los periódicos. Ellos crearon un uso particular de la lengua y -antes de que ese uso derivara en productos más nobles- los dueños de los diarios lo popularizaron en función de sus propios intereses y de un proyecto de sociedad. Como la historia mostraría con total claridad, la impulsión de la reforma agraria y los derechos humanos en el Wyoming no eran parte de ese proyecto.

De los ejes de discusión en que ustedes participarán a lo largo de la vida laboral, (hablo a un hipotético público de estudiantes de periodismo) entre aquellos que seguramente ya están discutiendo, uno central será sin duda cuánto nos toca a nosotros mismos de la tal meneada libertad de prensa, es decir, qué espacio le queda a nuestro propio criterio confrontado con el interés de la empresa que nos contrata. Cuanto más veterano sea el periodista que responda a esta pregunta, más probable es que la respuesta sea: ninguno. No se desalienten; con el tiempo también aprenderán que el escepticismo generalizado, incluyendo una dosis de franca autodesvalorización es uno de los que pueden considerarse gestos elegantes del oficio. Cien años después de terminada la conquista del oeste, allí, aquí y en todas partes, los medios gráficos siguen poblados por una variedad de especímenes que escriben, solo algunos de los cuales son periodistas de oficio, licenciados o idóneos. Conozco a varias decenas de escritores y ni uno sólo que se atreva a ponerlo en el casillero «profesión» de los formularios (ni que hablar de los poetas). Casi todos zafan (zafamos) con el cómodo «periodista», y no es del todo mentira, porque casi todos vivimos colateralmente o principalmente de la prensa. Cuando uno no está muy seguro, ¿por qué es menos pedante hacerse pasar por periodista que por escritor, que es sin embargo una definición mucho menos precisa? Porque a pesar del auge de las carreras y su producción de titulados, nadie tiene del todo claro cual es la «ars» -la suma de técnicas, procedimientos e instrumentos- de este laburo. Se puede argüir que en el marco de la concentración económi-

ca tampoco un médico, un ingeniero, un docente o un abogado son libres en tanto empleados de corporaciones, para definir la proyección de sus carreras en función de la realización personal y el bien social común, pero aunque cambien los marcos y la razón de ser del empleador fluctúe más cerca de la acumulación de dinero que del progreso de la humanidad, los pasos técnicos para tratar un hígado son los mismos, trabaje uno para Shylock Medical Group o para la OMS. Esto no sucede con la prensa ni con los periodistas. Nuestras técnicas son profundamente arbitrarias porque nuestras materias primas -las informaciones- son pura ideología. No hay, en principio, algo así como «La Información» ni existen sociedades más informadas que otras, las hay informadas en un sentido o en otro. Hipotéticamente hubo, hay y habrá sociedades en las que la información disponible fluye con más facilidad y alcanza de modo más homogéneo a la mayor parte de sus miembros, en este sentido la nuestra, surcada y sostenida por un constante intercambio de datos debe ser casi la menos democrática que pueda concebirse.

Informar y desinformar, abstrayendo por un momento lo peyorativo del segundo verbo, son dos acciones tan inseparables como inspirar y expirar. La primera decisión en una redacción es suprimir noticias: con un adecuado mecanismo de recolección, siempre hay cien sueltos disponibles para el espacio de quince. En el corte, la subjetividad del criterio es inevitable, pero nunca es inocente. La dirección de un vespertino decide que la fractura de tobillo de un cantante con éxito en La Matanza merece el título principal y la quiebra de una industria, el nivel de desocupación o la relación población-vivienda en el mismo partido sólo ocasionalmente el secundario, y con más frecuencia ninguno. La de un noticiero de TV filtra de modo que el concepto de «seguridad» quede determinado por la cantidad de asaltos callejeros y robos domiciliarios y no a través de datos como la circulación de armas de fuego; o la falta de controles sanitarios; o los montos que implican los delitos sumados, cuanto se pierde en la suma de todos los robos con fractura de todo un mes, contra un solo hecho a gran escala con la participación delictuosa de una institución, sea el asalto a un ban-

co perpetrado por policías o una estafa con títulos de propiedad; la CNN nos explica en detalle la violencia interétnica en el territorio de la ex Yugoslavia, y luego en qué lugar preciso ha caído cada bomba, pero no dice una palabra sobre el abandono antes y la entrada a saco del capital salvaje después de los bombardeos. Existen treinta maneras distintas de explicar una misma caída de la bolsa, aunque ninguna de ellas sea necesariamente cierta, todas operarán sobre la realidad generando en consecuencia otros hechos. No sólo puede afirmarse que la materia prima del periodista es la ideología, sino que, en general, es la ideología ajena. Los ejemplos anteriores son generalidades, pero en nuestro país contamos entre cientos con algunos precisos y actuales. Una obviedad: la concentración de los medios de comunicación y la expansión de sus intereses hacia las telecomunicaciones, los espectáculos, el deporte, la política. El tema no tiene solo cada vez más relevancia en la sociedad en general sino que es personalmente fundamental para el mismo trabajador que lo trata o deja de hacerlo. Nadie podrá investigar con garantía de acceso a datos veraces y objetivos (y sin temor a consecuencias) el campo de influencia y los cruces de intereses de la empresa de la que depende, ni la información que vuelque sobre la expansión de la competencia merecerá ningún crédito del público avisado. En un plano ingenuo (no tan ingenuo comercialmente) ni la crítica de cine publicada en *Clarín* respecto a una película producida por *Pol-Ka*, por *Artear* o por *Sono Films*; ni las semblanzas de artistas de *Telefé* realizadas en notas de *Gente*; ni las evaluaciones de un jugador de fútbol que cotice en bolsa, hecha por un periodista de un grupo de medios que entre otras cosas es bolsero, pueden ser entendidos como información pura. Sí puede ser objeto de un análisis «zurdo», con lectura y relectura entre líneas, estilo «que es lo que se dice, lo que se quiere decir, lo que se quiere ocultar». Este tipo de lectura depende de la posesión de datos previos que no figuran en la nota y probablemente nunca hayan sido publicados sino fragmentariamente (quizás por otras fuentes a la vez desconfiables) el primero de ellos es saber quien es, económicamente hablando, el que nos anoticia. Esa información general no está

al alcance del público y en detalle, ni siquiera de los hombres de prensa.

No es exagerado afirmar que con un desarrollo de la concentración como el que ya existe, en muchos casos los periodistas no sabemos con precisión para quienes trabajamos. En los países del este europeo, antes de la caída del muro, con mayor o menor grado durante las dictaduras, la gran prensa fue o es funcional al poder. También lo es en la actual fase del capitalismo en los países democráticos occidentales, pero en estos casos el poder no tiene un discurso único, no reside exclusiva (ni principalmente) en el Estado; según el tema a mostrar-ocultar, su capacidad de censura puede ser tan o más feroz que aquella.

Quizás permita más filtraciones, pero a la vez hace más difícil comprender en qué dirección se manipula la información. Este es otro de los tantísimos aspectos en los que la ley de la oferta y la demanda no se porta como los liberales dicen que debiera hacerlo. En este marco, sin siquiera saber cuáles son los intereses precisos de la «empresa» (es notorio como de un tiempo a esta parte se habla en todas las grandes «cuadras» de Empresa y Redacción como dos entidades separadas de manera clara. La «empresa», como las damas, es la dueña del sí y del no; y como el corazón, tiene razones que ni la razón ni la redacción entienden) desde la visión desangelada del veterano periodista antes citado, un profesional de éxito es el que desarrolla el instinto para adivinar de donde calienta el sol: como solemnizar las boberías y aguar datos fundamentales en función de no pisar los callos de quien paga, en sentido directo y en sentido lato. El guardaboquismo espontáneo u obsecuencia autopropulsada guardará una relación de proporcionalidad directa con la expansión de los intereses de la empresa.

Sin embargo, no es casualidad que este tipo de brulotes cínicos sean por lo general expresiones de colegas que, a pesar de la amargura y casi el tanteo, insisten en atenerse a códigos éticos difusos, tácitos, personales, y enseñarlos con la práctica. Los periodistas, como los escritores y los poetas, creemos en la palabra, y porque creemos en ella, en su verdad implícita y las obligaciones que genera, seguimos siendo quienes creamos los códigos de cada época. La

herramienta de control de los dueños de los multimedios no es la producción sino la selección entre textos. Su impotencia para crear textos propios es curiosa, dados no sólo la enormidad de su poder económico y político sino el hecho de que entre los dueños de los multimedios hay no pocos ex periodistas, no voy a ponerme a analizar aquí esa esterilidad porque no estoy muy seguro de cual es su explicación e intuyo que debe ser algo largo y complejo agotarla. Una punta inicial, sin embargo, es su incapacidad para respetar reglas básicas del oficio tales como el respeto por lo que ya se informó con anterioridad. En tiempos recientes dos hechos: la contra reforma policial en la provincia de Buenos Aires y la fuga y pseudo persecución del banquero Moneta ponen en evidencia esta insubstancialidad de las líneas editoriales. En el primer caso, los grandes medios «olvidan» que ellos mismos y todo el espectro político habían advertido sobre el riesgo de auge del delito como producto de las cesantías en la PPBA. La fuga del banquero Moneta afecta intereses de todos los grandes grupos de prensa del país, desnuda en parte sus relaciones económicas con el poder político, y muestra el proceso de concentración del sector bajo otra luz (el tercer grupo, el mendocino *Uno-Supercanal*, que en los últimos tres años apareció como competencia entre *Clarín* y el *CEI-Ateo*, hoy parece más bien el campo de concertación entre ambos y los capitales más desprolijos del gobierno). También en este caso la información central «olvida», al informar sobre las escuchas ilegales del teléfono del juez Leiva que Moneta es codueño de *Telefónica* a través del CEI; «Excálibur», el programa de cruzamiento de datos que fue la estrella del caso Cabezas, parece no haber existido nunca.

En el primero de los casos se juega una concepción de sociedad, bajo la presión de lobby de las policías y los aparatos políticos. En otro el interés puro y desnudo de las empresas. En ambos, solo se puede esperar información veraz y completa de investigadores independientes o bien de los propios grandes medios pero excéntricos a las líneas centrales.

Pero los hay. No existe un medio gráfico regimentado desde el primer al último hombre. Ningún diario o revista responde en todas sus líneas a la estricta

visión de la sociedad que su dirección editorial pretende reproducir. Si lo intentara, acabaría con el periodismo que es justamente el producto que la empresa vende.

En ese mínimo espacio sobrevivimos.

Entretanto, la duda y la imprecisión, el oficio sigue tratando de cortar un perfil en base a reglas a la vez inexplicables y sacras, como corresponde a todo buen tabú. Cuando yo empecé a escribir en diarios -en el '84, más o menos- los novatos éramos impuestos de mandamientos disparatados, como la prohibición absoluta de iniciar los títulos con monosílabos, lo que originaba chirriantes verbos reflexivos del tipo «planifícase» o «aguárdase» que se convertían en tics del oficio, casi como los «afirmativo-negativo» de los milicos. Existía una pelea surrealista entre redactores y diseñadores alrededor de si la fotomecánica era capaz de reproducir correctamente fotos en color. Esta discusión afectaba pruritos de honor de ambas categorías hasta el punto de que los diseñadores decían: «No pibe, esto no va a salir» incluso de fotos que ya habían salido tan tranquilas antes, diseñadas por ellos mismos. Este pseudo conflicto tan divertido fue barrido por las PC (junto, hay que decirlo, con muchos de aquellos diseñadores) el anterior desapareció por decrepitud. Se conservan sin embargo otras supersticiones centenarias, como la regla de la pirámide invertida y, sobre todo, la exigencia de objetividad en el lenguaje, con absoluta supresión del punto de vista subjetivo. Toda la práctica en medios gráficos persigue un objeto de deseo: que a uno lo dejen firmar. Y una firma, como es evidente, vale por doscientos «yos». Sería absurdo pretender otra cosa de estudiantes a los que se obligó a leer el «l'acuse» de Zola como uno de los textos fundantes del oficio. En medio de la saturación de datos producidos en masa, sólo la capacidad de interrelacionarlos según una visión original de la sociedad y el mundo son la cualidad de un periodista que destaque.

La reivindicación de esa «propia visión» de las cosas producirá colateralmente neurosis típicas, tales como la pretensión de mantener bases de datos siempre actualizadas, hasta que -tras mucho digitalizar o juntar papeles- uno comprende que está compitiendo con la hemeroteca del congre-

so, y que allí todo está mucho más ordenado que en casa.

En el western con periodistas hay siempre una secuencia en la que los ejemplares van saliendo de la plana, a veces con la transparencia de las llamas que vienen a sugerir la venganza del poderoso y, contradictoriamente, también la luz que ilumina el criterio público. Mediante fundidos, la escena puede incluir también la satisfacción del estribo mirando al trasluz una página húmeda y los corrillos de personas entre los que se va expandiendo la verdad llevada en mano por los canillitas. Y cuando el ex poderoso haya sido con justicia denunciado, y su chanchullo completamente expuesto se agote como tema ¿cómo alcanzaremos otra vez ese punch? ¿Quién será el anunciante del próximo número? ¿De qué va a vivir en el futuro el maldito escriba? En el mismo momento en que nosotros nos angustiamos, y por las mismas razones, el villano denunciado se consuela. Quizás obligue a su capataz, el jefe de los incendiarios, a convertirse en nuestro prosecretario de redacción.

() Escritor y periodista. Ha ejercido la profesión en diversos medios gráficos, entre otros la revista política El Porteño y el diario Nuevo Sur.*